JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

LA LIGA DEL TERROR

DESTINO

SuperSustos

JEFF CREEPY

LA LIGA DEL TERROR

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *La liga del terror*
© del texto: Carlos Abreu Fetter, 2019
© de las ilustraciones: Roc Espinet, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2019
ISBN: 978-84-08-20977-5
Depósito legal: B. 14.193-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Cuatro figuras sudorosas y sucias caminaban cabizbajas, arrastrando los pies sobre el polvo, como si atravesaran un desierto. Pero observando más atentamente podremos deducir por sus camisetas (tres rojas y una azul), pantalones cortos y botas con tacos que en realidad estaban en un campo de fútbol: el campo de tierra del club San Asdrúbal Balompié. Se trataba de dos chicos y dos chicas. Y es que San Asdrúbal era un pueblo tan pequeño que, si el equipo de fútbol no hubiera sido mixto, no habría tenido jugadores suficientes.

—Bueno, hemos vuelto a perder —suspiró con resignación Toni, un chico fortachón, de piel oscura y pelo negro crespo, que llevaba la camiseta azul y un gran número uno blanco en la espalda.

—Sí, y encima jugando en casa. Qué bajón —añadió Aitor, el otro muchacho, de melena rubia, que lucía un ocho al dorso.

—Qué mal rollo, o sea —protestó con voz nasal Ceci, una niña esbelta y con una brillante cabellera color azabache, que llevaba el número seis.

Al llegar frente a la entrada de los vestuarios, se detuvieron a comprar unos botellines de agua en una destartalada máquina expendedora y se sentaron en un escalón a bebérselos.

—Ya casi los teníamos —dijo con rabia Berta, la del dorsal cinco, una joven fornida con unos alborotados rizos de color castaño claro.

—¿Perdona? —saltó la morena, sacando un espejo de mano de algún sitio y mirándose en él mientras se atusaba el cabello—. Berta, porfaplís, nos han ganado cero a cuatro.

—Es que Matías es el defensa más lento que me he echado a la cara —protestó Berta.

—Bueno, a lo mejor si no te hubieran expulsado, no se habría quedado solo —observó Aitor.

—El árbitro era un exagerado —alegó la de la melena rizada—. El delantero se ha tirado en plancha.

—Ya —dijo Toni—. Pero a lo mejor no hacía falta que luego te le echaras encima y le aplicaras una llave de lucha libre.

—Se lo merecía, por teatrero —afirmó Berta—. Además, mira quién habla. ¡Tú te has dejado meter cuatro goles! —agregó con un bufido de desprecio.

—Bueno, es que… yo… —El muchacho se rascó la nuca, avergonzado.

—Nunca te ha gustado ser portero —señaló Berta—. Pero como nadie más quería, te nombraron a ti y tú no dijiste ni pío. Y tú, Aitor, menudo delantero. Ni un triste tiro a puerta has hecho.

—Es que nadie me pasa el balón… —se justificó el rubio con voz quejumbrosa, pero de pronto se puso muy tieso—. Eh, un respeto, que soy el capitán.

—O sea, ¿ya vamos últimos en la clasificación? —preguntó de pronto la chica de pelo negro abriendo mucho los ojos, alarmada.

—No, Ceci —respondió Aitor—. El Sporting Cenagal ha perdido también este fin de semana. Siguen siendo colistas.

Los cuatro suspiraron, aliviados.

—Oye, y ¿quiénes van los primeros? —quiso saber Ceci a continuación.

—¿Quiénes van a ser? —contestó Berta irritada—. El Esnupi F. C.

—Ah, sí —dijo Ceci, sonriendo—. El equipo más superguay de alevines B. Tienen las mejores instalaciones, campo de hierba de verdad ¡y hasta agua caliente en las duchas! Es total.

—Si tanto te gustan, ¿por qué no juegas con ellos? —preguntó Aitor ofendido.

—Porque el rojo me sienta divino —respondió Ceci, contemplando su uniforme del San Asdrúbal con satisfacción.

Toni bebió un sorbo de su botellín de agua, pensativo.

—A mí me sabe mal por el míster —dijo, paseando la mirada por las gradas de cemento vacías—. No debe de estar muy contento. En toda la temporada solo hemos ganado un partido.

—Y para colmo contra el Cenagal, así que no cuenta —señaló Ceci, mirándose de nuevo en el espejo de mano y quitándose una legaña.

—El señor Silva es un patata —replicó Berta—. Le da igual el equipo, lo único que le importa es zamparse esos dichosos perritos calientes después de cada partido.

—Estás siendo injusta con él —dijo Toni—. El míster se deja la piel por el club, pero nos ha tocado atravesar una mala racha, eso es todo.

—Mala racha y un cuerno —repuso la muchacha—. Lo que pasa es que los árbitros nos tienen

manía. Y, digas lo que digas, Toni, el míster es un blandengue. Lo que necesitamos es un entrenador que nos meta más caña.

—Pues estoy de acuerdo —dijo Aitor.

—Nosotros también —dijo una voz a su espalda.

Cuando se dieron la vuelta, vieron que los otros jugadores del equipo habían salido de los vestuarios, ya duchados y vestidos, con sus bolsas de deporte al hombro.

—Hombre, lo importante es que sea buena gente, que nos trate con amabilidad y nos inculque valores y espíritu deportivo… —dijo Toni, tan poco convencido que su voz se fue apagando hasta quedar reducida a un murmullo.

—No digas melonadas. Lo importante es ganar —dijo Berta, con cara de pocos amigos (pues, en efecto, tenía pocos).

—Tal vez no seamos unos cracs —razonó Aitor—, pero tampoco merecemos ser los últimos. El señor Silva es buen hombre, no te lo niego, pero no basta con eso. Daría lo que fuera por tener un entrenador que nos ayudara de verdad a salir de este bache. ¿Vosotros no, chicos?

Los demás asintieron enérgicamente con la cabeza. Incluso Toni hizo un leve gesto afirmativo, aunque se sintió un poco culpable por ello.

En ese momento, unas nubes taparon el sol, sumiendo el campo en penumbra, y una brisa repentina arrastró hojas secas por el suelo, produciendo un susurro inquietante. Por alguna razón, todos se quedaron callados.

De pronto, el silencio se vio interrumpido por un golpe seco, seguido de un alarido desgarrador.

—¡SOCORRO! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

El equipo corrió hacia la pequeña cafetería del club, de donde venían los gritos.

Cuando irrumpieron en el local después de subir las escaleras a toda prisa, lo primero que vieron fue al encargado, detrás del mostrador, muy pálido y con una expresión de angustia en la cara.

—¿Qué ha pasado, David? —preguntó Toni agitado.

El otro, tembloroso y demasiado horrorizado para responder, tenía la mirada puesta en algo que estaba en el suelo.

Fue entonces cuando Toni reparó en las manchas rojas. Estaban por todas partes; salpicaban las paredes, las mesas de plástico blanco, las baldosas de linóleo del suelo. Y, en medio de todo, estaba un señor barrigudo de bigote blanco, tumbado boca arriba, con el rostro enrojecido e hinchado de forma grotesca.